

SAN FRANCISCO DE ASIS

1226 d.C.

4 de Octubre



Nació el año 1182 en un humilde establo donde tomaron a su madre de repente los dolores del parto, y allí mismo le parió; queriendo el Señor que el que había de hacer una vida tan parecida a Jesucristo, le imitase hasta en el lugar de su pobre nacimiento. Su padre Pedro Bernardono y su madre Pica eran mercaderes, y vivían del comercio. Le llamaron Juan en el Bautismo; pero después se le dio el nombre de Francisco por la facilidad con que aprendió la lengua francesa, necesaria entonces a los comerciantes de Italia para negociar.

No pusieron sus padres el mayor cuidado en su buena educación. Luego que tomó una leve tintura de las primeras letras, le aplicaron al comercio. Era Francisco mozo de entendimiento, de buena disposición, de corazón noble y generoso, muy compasivo de las necesidades ajenas; sus modales atentos, gratos, afables y naturalmente arosos y cortesanos le distinguían mucho entre los demás mancebos de su profesión, y le ganaban los corazones de todos. Gustaba más de

la diversión que del interés; pero tenía horror a la disolución, y su admirable pasión desde la misma infancia fue la caridad. Era para él un gran tormento no poder dar limosna al pobre que se la pedía. Se la pidió en cierta ocasión un mendigo en el momento en que Francisco comerciaba, y habiéndosela negado, por inadvertencia o por no interrumpir la venta, fue tanto su dolor, que corrió inmediatamente tras del mismo mendigo, le dio todo el dinero que llevaba consigo, y prometió a Dios no negar limosna en adelante a pobre alguno que se la pidiese.

En cierta diferencia que los vecinos de Asís tuvieron con los de Perusa fue Francisco uno de los más acalorados en la defensa de sus derechos. Tomaron unos y otros las armas, vinieron a las manos, y aunque Francisco se señaló mucho por su valor, fue hecho prisionero, y como tal estuvo un año en Perusa. Este retiro comenzó a disgustarle del mundo, pero no le convirtió. Luego que logró su libertad se vio acometido de una larga y molesta enfermedad, que ni por eso le hizo más devoto. Cuando convaleció de ella se mandó hacer un vestido rico y muy de moda. El mismo día que le estrenó se encontró con un hombre muy conocido, pero muy pobre, cubierto de unos indecentes andrajos; le dio su vestido nuevo, y él se acomodó con sus trapos. La noche siguiente le pareció ver en sueños un magnífico palacio, llenó todo él de armas resplandecientes y bruñidas, pero todas marcadas con la señal de la cruz. Despertó, y se persuadió sin la menor duda de que la Providencia le destinaba para ser un gran capitán. Con esta idea se le exaltó más aquella gran pasión que tenía por la gloria. Partió inmediatamente a la Pulla, y ofreció sus puños y su valor a Gautier, conde de Brienne, que auxiliado de Felipe Augusto, rey de Francia, mandaba en aquella provincia un numeroso ejército contra los enemigos de su casa; pero presto le volvió a llamar a Asís otro misterioso sueño, en que el Señor le dio a entender no quería sirviese a otro amo que a él. Comprendió entonces que la milicia a que le llamaba el superior destino era enteramente espiritual; que él mismo y sus pasiones eran los enemigos que debían combatir. Restituído, pues, a Asís, dejó el comercio, y sólo trato de conocer la voluntad de Dios para dedicarse a lo que su Majestad quería de él.

Saliendo un día a pasear a caballo por el contorno de Asís, encontró a un pobre leproso, que al principio le llenó de asco y horror; pero reflexionando en el

mismo punto que para seguir a Jesucristo era menester dar principio venciendo a sí mismo, sin más deliberar se apea intrépidamente del caballo, se acercó al leproso, le abrazó, le besó, le dio todo el dinero que llevaba y vuelve a montar, y quedó gustosamente admirado y sorprendido cuando ni allí ni en toda la campaña vio al leproso, ni descubrió a otra persona alguna. Le enterneció mucho este suceso, y desde entonces resolvió no pensar en otra cosa que en caminar a la perfección, no hallando ya gusto en nada sino en la oración, en el retiro y en la soledad. Deshaciéndose un día en lágrimas acordándose de sus culpas pasadas, se le apareció Jesucristo crucificado como a punto de expirar. Le enterneció mucho más este espectáculo, y fue tanta la impresión que hizo en su alma, que en el resto de su vida no acertaba a hablar de la Pasión de Jesucristo sino con sollozos, con gemidos, y con un copioso llanto.

Pero no fue este solo el efecto que produjo en su corazón aquel divino objeto. Se apoderó tan violentamente de él un ardientísimo deseo de imitar la pobreza y los trabajos de Cristo, que ya no encontraba gusto sino en estar con los leprosos y con los pobres. Hizo un viaje a Roma para visitar el sepulcro de los santos Apóstoles; al salir de la iglesia encontró a la puerta una tropa de pobres que estaban pidiendo limosna a los devotos; repartió entre ellos todo el dinero que llevaba; dio su vestido a uno que estaba medio desnudo; se cubrió con sus asquerosos harapos; y mezclándose entre los demás mendigos, pasó con ellos todo aquel día. Era Francisco naturalmente presumido y aseado, gustando mucho no sólo de la limpieza, sino de la magnificencia en el vestido pero aquella noble victoria extinguió enteramente en él una y otra pasión: de manera, que parecía haber nacido en él la humildad y el abatimiento, siendo desde aquel punto la pobreza su virtud favorita.

Poco después que se restituyó a Asís, haciendo oración en la iglesia de San Damián, distante como cuatrocientos pasos de la ciudad, que estaba amenazando ruina, oyó una voz como salía de un Crucifijo, que le mandaba repararse aquella Iglesia. Le pareció que era la voz del mismo Jesucristo; resolvió obedecerla ciegamente: se volvió a su casa, tomó muchas piezas de paño, parte a Foliño, las vende todas, y también el caballo que las llevaba; se regresa a Asís, pero se va derecho a la casa del capellán que cuidaba de la Iglesia de San Damián; le ruega

que le hospede en ella, y le entregó todo el dinero de los géneros que había vendido para que se reparase aquella Iglesia. El capellán convino gustoso en hospedarle en su casa; pero no hubo forma de admitir el dinero que le ofrecía, por no tener cuestiones ni pleitos con su padre; y Francisco puso el dinero sobre una ventana. Estuvo algunos días en compañía del buen capellán, empléandolos en ayunos, en vigiliyas, en disciplinas y en oración, hasta que al cabo de ellos vio venir a su padre ciego de cólera, y gritando que su hijo le había robado.

Se escapó el Santo por evitar aquellos primeros ímpetus, y por algunos días estuvo escondido en una cueva; pero acusando después su cobardía, salió de aquel retiro determinado a sufrir todo lo que se le ofreciese; se dejó ver en las calles de Asís todo desfigurado y asqueroso; creen todos que ha perdido el juicio, y en un instante se ve perseguido de la gritería y de los silbidos de los muchachos. Acudió su padre al ruido, le llevó a su casa arrastrando; añadió palos a las reprensiones; le encerró en un cuarto como a loco; y ofreciéndosele por entonces un viaje, dejó muy encargado a su mujer que le tuviese en buena custodia. Desconfiaba enteramente la madre de vencer la constancia de su hijo, le puso en libertad; y San Francisco se volvió a San Damián en compañía de aquel buen clérigo. Informado Bernardono de lo que pasaba al volver de su viaje, parte derecho a San Damián, con más sentimiento de perder sus paños que de perder a su hijo; pero éste lleno de nuevo valor, y animado del Espíritu de Dios, le sale al encuentro, y le dice: "Padre, yo soy más hijo de Dios que tuyo; no quiero servir sino a Aquél; tu ya no tienes nada conmigo, porque estoy en servicio de mejor amo que tú". --Siendo esto así, respondió el padre, restitúyeme mi dinero, y ven a renunciar tu herencia delante del Obispo.

Luego que San Francisco se vio en presencia del Obispo, sin dar lugar a que su padre hablase palabra, se despojo de todos sus vestidos, quedándose sólo con un cilicio ancho que le mortificaba y le cubría; se los entregó a su padre, y le dijo: "Hasta ahora te llamaba padre; de aquí en adelante diré con más confianza: Padre nuestro que estás en el Cielo". Asombrado y enternecido el Obispo a vista de tan generoso despojo, le abrazó y le cubrió con su ropa hasta que se halló con el capisayo de un pastor, con el cual le abrigó, y dándole su bendición, le despidió y le envió a su ermita.

Tenía Francisco cerca de 25 años, cuando rotas las cadenas de la carne y la sangre, y desprendido de todos los bienes temporales que le habían detenido, partió a una soledad muy distante de allí, cantando por los caminos las alabanzas del Señor en lengua francesa. Se encontró en un bosque con unos ladrones; lo golpearon con muchos palos, y le arrojaron en un hoyo lleno de nieve. El grandísimo consuelo que tuvo en padecer alguna cosa por amor de Jesucristo le desquitó con ventajas de los malos tratamientos; y el Santo contaba después este suceso como una de las buenas fortunas que había tenido en su vida.

Llegando a Gubio le conoció un amigo suyo, le hospedó en su casa, y le vistió con una pobre túnica. Creciendo cada día más y más su amor a Jesucristo, se puso a servir a los leprosos en el hospital, y conociendo que volvía a retoñar el asco y la repugnancia, se arrojó sobre el pobre que le causaba más horror, le abrazó, le besó y en el mismo momento quedó el leproso completamente sano. Pero acordándose que Jesucristo le había mandado reparar la Iglesia de San Damían, se volvió a Asís, pidió limosna para repararla. El mismo trabajaba con los peones y albañiles, de manera que en breve tiempo se vio la Iglesia reedificada; cuyo suceso le animó a emprender también la reedificación de la Iglesia de San Pedro.

Estaba abandonada y casi enteramente arruinada la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, por otro nombre la "Porciúncula", llamada así porque era una porcioncilla de cierta posesión que tenían allí los monjes Benedictinos. San Francisco se sintió inspirado a repararla. Lo consiguió por medio de limosnas y de su trabajo. Esta Iglesia, distante 600 pasos de Asís, fue donde el Santo recibió después tan grandes favores del Cielo, y fue también como la cuna de su seráfica Religión. Oyendo un día Misa en ella, y cantándose aquellas palabras del Evangelio, en que dice Jesucristo a sus discípulos: "No queráis tener oro, ni plata, ni dinero; ni en vuestros viajes llevéis alforja, dos túnicas, ni zapatos ni báculo" (San Mateo X); de repente se sintió Francisco alumbrado con una luz sobrenatural, e inflamado su corazón con un nuevo encendidísimo deseo de aspirar la más elevada perfección; y conociendo que esto era puntualmente lo que Dios quería

de él, tomó por regla el consejo evangélico que acababa de oír. Al punto se descalzó los zapatos, arrimó el báculo, renunció para siempre al dinero, quedándose solo con una túnica, y sacándose el cinto de cuero, se ciñó con una tosca cuerda. Sintió vivos deseos de predicar en público la penitencia. Como el ejemplo acompañaba a las palabras, no es posible contar el número de atónitos, y ninguno le podía oír sin convertirse. Algunos, no contentos con oírle, le quisieron imitar, y dejando todo cuanto tenían se pusieron bajo su dirección y gobierno. El primero fue un ciudadano de Asís llamado Bernardo de Quintabal; el segundo un canónigo de la misma catedral, por nombre Pedro de Catania; y el tercero fue el Beato Fray Gil, a quien el Santo escogió por compañero.

Luego que Francisco se vio con estos tres discípulos, determinó formar con ellos una como congregación para ir por todas partes predicando penitencia. Creció presto hasta siete el número de sus compañeros, y en breve tiempo llegó al número de doce. Entonces, tomada la bendición, y recibida la misión del Obispo, aquellos nuevos apóstoles se esparcieron por todas partes predicando penitencia. Los llamaban los "Penitentes de Asís", y no eran conocidos por otro nombre; pero a vista de las portentosas conversiones que hicieron, los veneraron como a hombres extraordinarios enviados por Dios para reformar las costumbres de todo el mundo cristiano; y para mudar el semblante de todo el universo, tanto con la eficacia de sus palabras, como con la virtud de sus asombrosos ejemplos.

Este fue el nacimiento de aquella religiosísima familia, tan célebre en toda la redondez de la tierra por la evangélica perfección de su instituto, por un infinito número de Doctores, de Mártires y de Santos; una de las más nobles y más preciosas porciones del rebaño de Jesucristo. Esta seráfica Orden ha dado a la Silla Apostólica cuatro grandes Pontífices: Nicolás IV, Alejandro V, Sixto IV y Sixto V; un prodigioso número de Obispos, Arzobispos, Patriarcas y Cardenales, con una multitud de ejemplares religiosos, que aun viviendo el Santo Fundador se contaban más de 6000.

Viendo San Francisco que cada día iba creciendo más y más el número de sus discípulos, compuso una Regla que en términos muy sencillos contenía los mismos preceptos que les había dado, y quiso que sus hijos la guardasen como

segunda ley después del Evangelio. El Obispo de Asís, con quien el Santo consultaba todas sus cosas, era de parecer que se reservase algunas rentas para proveer a la subsistencia de los frailes; pero San Francisco se mantuvo firme en su dictámen, y no quiso absolutamente que tuviesen otras rentas que las de la Divina Providencia y de la caridad de los fieles.

Era ya preciso que se confirmase el nuevo Instituto, y a este fin partió nuestro Santo a Roma; pero el Papa Inocencio III no quiso ni aun que le hablasen en el punto, tratando de iluso y de visionario al Santo Patriarca. No se desalentó Francisco por este mal recibimiento; antes se retiró con humildad, y recurrió a la oración. Aquella noche tuvo el Papa un sueño en que le pareció que nacía a sus mismos pies una pequeña palma, la que en breve tiempo crecía hasta ser un árbol robusto y corpulento, notando también que aquel pobre a quien había despedido con tanto desagrado sostenía con sus espaldas la Iglesia de San Juan de Letrán, que desnivelada ya, venía con lastimoso estrago a dar en tierra. Luego que despertó mandó buscar a Francisco, y apenas le oyó hablar, cuando reconoció entre aquel aire de humilde sencillez uno de los mayores Santos de la Iglesia. Le abrazó y le animó a llevar adelante su empresa: aprobó de viva voz la Regla, y ordenándole primero de diácono, le declaró después por ministro general.

Colmado San Francisco de favores y de bendiciones del Sumo Pontífice, salió de Roma con sus doce compañeros determinados todos a morir a sí mismos, y vivir únicamente con la vida de Jesucristo. Habiendo llegado al valle de Espoleto, consultaron entre sí si sería más seguro para ellos quedarse en aquella soledad para no tener más comercio que con Dios. Pero en una fervorosa oración que tuvo nuestro Santo, el Señor le dio a entender que los había escogido para trabajar en la salvación de las almas, predicando penitencia en todas partes, así con sus ejemplos como con sus sermones. Enterados ya de la voluntad de Dios, se restituyeron a la Iglesia de la Porciúncula que les había cedido la religiosa generosidad de los Padres Benedictinos. Al principio construyó Francisco algunas pocas celditas; pero en breve tiempo concurrió de todas partes tanto número de pretendientes a serlo del de sus hijos, que fue necesario fabricar muchos conventos. Clamaron por ellos Cortona, Arezzo, Vergoreta, Pisa, Bolonia. Florencia y otras muchas ciudades; de manera, que en menos de tres años se

contaban más de 60 monasterios. No fue el menor de los milagros de San Francisco esta propagación tan prodigiosa y tan pronta de su religiosa familia; pero uno de los mayores milagros que se han visto en la Iglesia de Dios fue la misma vida de este portentoso Santo.

Ninguno de cuantos veneran los altares le hizo ventajas en la mortificación. Su ayuno era continuo, sin que jamás se dispensase en él por sus excesivos trabajos. Casi nunca comía cosa cocida, y siempre negó a sus sentidos todo aquello que los podía halagar. Si en lo que le daban de limosna encontraba algún gusto particular, por mínimo que fuese, que lisonjeara el apetito, luego lo sazónaba con ceniza. Trataba a su cuerpo con tanto rigor y con tanto desprecio, que le llamaba el jumento; y por su gusto sólo se había de sustentar con cardos silvestres. Su cama ordinaria era la desnuda tierra, y una dura piedra por almohada. Su hábito en todos tiempos era una sola túnica, sin arrimarse nunca a la lumbre en lo más riguroso del invierno, supliendo la falta del fuego material el del divino amor que le abrasaba; pareciéndole que no le podía reconocer Jesucristo por discípulo suyo si no crucificaba su carne y la maceraba con extraordinario rigor. Siendo muy blando y muy copasivo con sus hijos, sólo era severo consigo; ni en su celo se advirtió jamás el menor asomo de amargura. Después de haber empleado el día en predicar, en servir a los enfermos, y en todo género de obras de misericordia y ejercicios de caridad, pasaba la mayor parte de la noche a los pies de un Crucifijo, o delante del Santísimo Sacramento, deshaciéndose en lágrimas. No sólo se mostraba un serafín todo abrasado de fuego en los frecuentes raptos que padecía, visitándole en ellos Jesucristo y la Santísima Virgen, sino que todas sus oraciones eran unos éxtasis continuos. Su semblante estaba siempre inflamado con aquel fuego divino que le abrasaba día y noche; por eso le llamaban el Serafín humano, y por eso se le dio el nombre de Seráfica a su sagrada Religión. Pero lo que daba mayor relieve a su elevadísima virtud, era su profundísima humildad. No hubo en el mundo hombre puro más humilde que este gran Santo. En medio de tan extraordinarios favores del cielo no creía hubiese en toda la tierra mayor pecador que él. Hallándose tan iluminado con aquellas divinas ilustraciones, con aquellas luces sobrenaturales que recibía en su íntima comunicación con Dios, en fuerza de las cuales había logrado aquel comprensivo conocimiento de la Religión, que sólo Dios puede comunicar a una alma querida y privilegiada. Francisco nunca

salía de su primera simplicidad, penetrado íntimamente de su nada, se tenía por más despreciable que el más vil gusano de la tierra. Nunca se pudo resolver a ordenarse de sacerdote, y por este mismo espíritu de humildad dio a su Orden el nombre de la Religión de los frailes Menores. En fin, resplandecían tanto en todo el mundo las virtudes de San Francisco, era tan admirada su eminente santidad, que lo menos que asombraba a todos, tanto a los grandes como al pueblo, eran sus estupendos milagros. Por eso nunca se dejaba ver en el púlpito, que todo el auditorio no se deshiciese en lágrimas; sin que hubiese sermón ni aun conversación particular a que no se siguiesen ruidosas y admirables conversiones. Hallándose en Roma, donde consiguió que el Cardenal Hugolino fuese nombrado protector de la Orden, el Papa quiso oírle predicar. Fue muy brillante y muy autorizado el auditorio; pero mucho más maravilloso fue el fruto de su predicación: compungiéronse los Cardenales, y el Papa no pudo contener las lágrimas todo el tiempo que duró el sermón.

Mientras los hijos de San Francisco se iban extendiendo por todo el mundo, inspiró Dios a Santa Clara que se pusiese debajo de su dirección. Hizo con ella tan ventajosos progresos en el camino de la perfección, que renunciando a los grandes bienes que poseía, a ejemplo de su santo director, fue fundadora de una de las más santas y más ilustres congregaciones de monjas que hay en la Iglesia de Dios. Dispúsolas San Francisco una regla conforme a su primer instituto, llamándose al principio las Señoras pobres, y después las Clarisas, o las religiosas de Santa Clara.

Movidas de los sermones y de los ejemplos de San Francisco y de Santa Clara, innumerables personas casadas de uno y otro sexo deseaban todas retirarse a los claustros para pasar en penitencia los días de la vida; pero haciéndolas reconocer nuestro Santo que en todos los estados se podían santificar, y que no era incompatible el conyugal con una vida cristiana y penitente, les dio cierta forma de vida proporcionada a su estado, y ésta fue la tercera regla de su Orden. Dio el nombre de hermanos y hermanas a las que querían entrar en esta especie de congregación, que se llamó la Tercera Orden, la cual florece hoy en el mundo con mucho fruto y honor para la Santa Iglesia.

Viendo el Santo Patriarca las bendiciones que derramaba Dios sobre su recién nacida congregación, extendida ya por todas las provincias de Italia, todavía se consideraba como siervo inútil, y se tenía por tal. Pero al paso que crecía por instantes su tierno amor a Jesucristo, se inflamaba cada día más su ardiente caridad a los prójimos; y ya la Europa entera le parecía estrecho campo a su celo. Con resolución de pasar a Siria para anunciar el Evangelio a los sarracenos, tomó el camino de Roma para pedir al Papa la licencia y su bendición.

Obtuvo de Su Santidad todo cuanto deseó; y habiendo fundado en Roma un convento, se embarcó para Siria. Le arrojó una tempestad a las costas de la Esclavonia; y se vio precisado a restituirse a Italia. Le tenía inquieto el ansioso deseo del martirio; y movido de él pasó a España, con ánimo de embarcarse para el Africa, esperando siempre encontrar en los moros la corona por qué suspiraba. En todas las ciudades por donde pasó dejó insignes pruebas del poder que Dios le había concedido sobre las enfermedades, sobre los elementos y sobre la misma muerte, haciendo en todas milagros estupendos; pero por una larga enfermedad que le sobrevino se vio en precisión de retirarse a Italia por la segunda vez. Fue a su primer convento de Nuestra Señora de los Angeles, donde perfeccionó su Instituto con la adición de algunas nuevas constituciones. Desde allí se pasó al monte Alvernia donde el Conde Orlando de Catania, que le veneraba como a su padre, le había fundado un convento. Aquí pasó un tiempo empléandole en las dulzuras de la contemplación, y convirtió a un ladrón famoso. De Alvernia se fue al Valle de Faviano, otra soledad que también era muy de su gusto; y desde ella envió a sus frailes a las misiones de Francia, de Inglaterra y de Alemania, donde en breve tiempo vio apresurarse todas las ciudades por tener religiosos de San Francisco, y por fundarles monasterios.

Habiendo muerto Inocencio III, después del concilio general de Letrán, nuestro Santo pasó a Roma para obtener de su sucesor Honorio III la confirmación de su Orden. Le recibió el nuevo Pontífice con toda la ternura y con toda la veneración que merecía tan ilustre santidad: confirmó la Orden con una Bula, y le concedió grandes y singulares privilegios. Con ocasión de este viaje a Roma se conocieron por primera vez Santo Domingo y San Francisco, y estrecharon aquella santa hermandad que los Santos Patriarcas comunicaron a sus hijos en tanto bien y

provecho de la Iglesia.

Cuando volvió a su convento de Nuestra Señora de los Angeles, que fue el año 1218, celebró en él aquel famoso Capítulo general, que se llamó "Capítulo de las Esteras", porque de ellas principalmente se levantaron en un espacioso campo las celdas necesarias para más de cinco mil frailes que concurrieron a él, formándose otras de juncos y de ramas. No vio el mundo espectáculo más asombroso ni de mayor edificación. Comunicado el espíritu del padre a todos sus hijos, se veneraron en aquel Capítulo tantos santos como religiosos; y lejos de ser necesarias exhortaciones ni pláticas para encender el fervor, lo que dio más que hacer al Cardenal Hugolino, protector de la Orden y presidente del Capítulo, fue moderar las penitencias de los que se excedían en las que prescribía la Regla.

Después que se disolvió aquella numerosa junta, tuvo noticia San Francisco de que cinco hijos suyos, Fray Pedro de San Geminiano y Otón, sacerdotes; Fray Bernardo de Corbia, Ayuto y Acurso, a quienes el mismo Santo había enviado a Marruecos a predicar la fe, habían recibido la corona del martirio. Con esta ocasión, movido de una santa envidia, se le volvió a encender su antiguo celo y deseo. Partió, pues, para Siria, llevándose consigo algunos religiosos; y habiendo llegado a Damietta, se presentó al Sultán, y con una intrepidez digna de los primeros héroes cristianos, le declaró que sólo había venido para manifestarle la falsedad de la ley de Mahoma, y para enseñarle no había otro camino de salvación sino la ley de los cristianos. Parecía consiguiente la corona del martirio a una declaración tan esforzada; pero reservábale Dios para otro martirio de amor. Asombrado el Sultán de la santidad de Francisco, enamorado de su conversación, y mucho más de la generosidad con que se negó a recibir los ricos presentes que le ofrecía, le colmó de honras, y le despidió rogándole que le encomendase a Dios, pidiéndole que le alumbrase; y desconfiado el Santo de derramar su sangre de la fe, se volvió a embarcar para restituirse a Italia.

Se retiró al monte Alvernia, y no se sosegó hasta que renunció su empleo de ministro general en el bienaventurado Fray Pedro de Catania. Descargado ya de aquel peso, empleaba los días y las noches en continua comunicación con Dios, y en ejercicios de la más rigurosa penitencia. Hacia el fin de la cuaresma de San

Miguel que hacía todos los años, recibió del cielo aquel insigne favor, cuya memoria consagró la Iglesia con fiesta particular. Este fue la impresión de las sagradas llagas en su santo cuerpo, al mismo tiempo que el fuego que del divino amor abrasaba su corazón, y le transformaba en un serafín de la tierra. Por más cuidado que puso en ocultar a los ojos de los hombres aquellas señales del amor divino, la sangre que derramaban hacía traición a su humildad, y desde allí en adelante todos le llamaban el Patriarca Seráfico.

Después de este martirio del amor apenas vivía San Francisco sino de milagro, y las continuas lágrimas que derramaba le debilitaron tanto la vista, que casi no percibía los objetos. Los dos años que sobrevivió a la impresión de las llagas no fueron más que enfermedades molestas, dolores agudísimos, éxtasis continuos, los que le acabaron de consumir, y Dios le reveló, en fin, el dichoso momento en que le quería premiar.

Luego que se divulgó la voz de que el Santo había tenido revelación del día de su muerte, se excitó entre las ciudades vecinas una piadosa contienda sobre cuál de ellas debía poseer el precioso tesoro de su cuerpo; pero el mismo Santo sin tener noticia de lo que pasaba, se declaró a favor de la de Asís. Hallábase postrado en el convento de Fuen Colomba, y mandó que le llevasen al de Nuestra Señora de los Angeles, para cuya Iglesia había alcanzado de Nuestro Señor el famoso jubileo llamado de la Porciúncula, el que después confirmaron tantos Sumos Pontífices asignando para él el día de la dedicación de la misma Iglesia, cuna de la congregación seráfica, y es el día 2 de agosto. Luego que llegó al convento, mandó que le quitasen la túnica, y que le tendiesen en el suelo para morir con la más extrema pobreza a imitación de su divino modelo Jesucristo, que expiró desnudo en el árbol de la Cruz. Le dieron aquel gusto; pero al mismo tiempo tomó el guardián una túnica vieja y una cuerda, y se la alargó diciendo: "Doyte de limosna este hábito como a un pobre; tómale por obediencia". Obedeció el Santo; y viéndole cercado de todos los frailes que se ahogaban en sollozos y se deshacían en lágrimas, levantando las manos al cielo, los exhortó a que conservasen el amor de Dios, el cual era el alma de su Instituto; a que guardasen con suma puntualidad todas las reglas; a que nunca desmintiesen aquella rigurosa y perfecta pobreza, que era su distintivo y su carácter; a que

conservasen con fidelidad y con infinita sumisión a la de la Iglesia romana; a que profesasen tierno y ardientísimo amor a la Santísima Virgen, su querida Madre, y a que mantuviesen entre sí una inalterable caridad.

Extendiendo después del Santo Patriarca los brazos, y poniéndolos en forma de Cruz, suplicó humildemente al Señor que echase su bendición sobre todos sus hijos, y que los cuidase en lugar de padre. Mandó que le leyesen la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según el Evangelio de San Juan; y después de ella comenzó él mismo a rezar con voz lánguida y moribunda el Salmo CXLI: "Clamé al Señor con mi voz, implorando su asistencia. Derramo mi corazón delante de Él, y le hago presente mi aflicción. Viendo que me va faltando el espíritu, acudo a Vos, Dios mío, que tenéis tan conocidos todos mis pasos. A Vos, Señor, dirijo mis clamores, diciendo a voz en grito: Tú eres mi esperanza, y Tú mi herencia en la tierra de los que viven". Habiendo llegado al último versículo: "Libra, Señor, mi alma de la prisión de este cuerpo, para que confiese incesantemente tu santo nombre: todos los justos esperan que me hagas misericordia, dándome lugar entre los escogidos", al pronunciar éstas últimas palabras expiró tranquilamente en manos de sus hijos, sábado 4 de octubre del año 1226, a los 45 años de edad, el año 29 de su conversión, y el año 19 de la fundación de su Orden.

Apenas expiró San Francisco cuando pareció haberse comunicado al cuerpo la gloria que gozaba su bendita alma, exhalando aquel un suave olor que llenó de fragancia toda la celda. No se oía por las calles de Asís otra cosa que estas palabras: "Murió el Santo". Todos vieron a su satisfacción las sagradas llagas o señales de las suyas que había impreso Nuestro Señor en sus manos, pies y costado de nuestro Santo. Fue llevado el santo cuerpo primero al convento de San Damián, que era el de Santa Clara, para satisfacer su devoción y la de sus hijas; y de allí fue conducido como en triunfo a la Iglesia de San Jorge, donde había sido bautizado, y donde se le dio sepultura. En vista del prodigioso número de milagros que obró Dios en ella, el Papa Gregorio IX, antes Cardenal Hugolino, grande amigo del Santo, y testigo ocular de su eminente santidad, le canonizó dos años después, en 1228, el día 17 de julio, con extraordinaria solemnidad en la misma ciudad de Asís. Luego que se acabaron las celebraciones de canonización, se abrieron los cimientos de una magnífica Iglesia, y el mismo Papa quiso poner

la primera piedra, acabándose en menos de dos años el suntuoso edificio; y en 1230 cuando se celebraba el Capítulo general, fue trasladado el santo cuerpo a la nueva Basílica el día 25 de mayo, y colocado en una bóveda debajo del altar mayor. Se encontró el cuerpo entero, y sin haberse descarnado o consumido, con los ojos abiertos y un poco levantados al cielo, y la sangre de las llagas roja y líquida. En 1820 Pío VII hizo buscar el cuerpo del Santo, y fueron hallados sólo sus huesos dentro de una caja de piedra asegurada con barras de hierro. Mandó el Papa corregir lo que se decía de la visita de Nicolás V.

[Página Principal](#)

(Legión de María, Hermosillo)